

CARTA A ENRIQUE VALDIVIESO

Por JOAQUÍN CARO ROMERO

Poema leído en la Junta Ordinaria del 16 de abril de 2021,
fecha del 270 aniversario de la fundación de la Academia.

En el solemne
salón de actos todo está dispuesto,
no para un decorado de Luchino Visconti,
con mitras, capas pluviales,
encomiendas, medallas,
pertrechos y abalorios de opereta,
ángeles lampadarios e incienso merovingio,
sino para una asamblea
de honores reglamentarios,
donde un tribuno,
persuasivo, sapiente y moderado,
pone el epílogo.

En Los Pinelo,
los próceres de ayer desde sus cuadros
escuchan circunspectos
las homilias de los académicos,
sacerdotes impuros de Minerva.

Buen marco para hablar de Sagradas Escrituras.

Qué seductor desfile
de desnudos paradisíacos
en la alfombra escarlata,
en la penumbra de la pasarela
del proyector de diapositivas.

Del árbol prohibido cuelga el fruto
del “Erótika Biblion”,
que el conde
de Mirabeau compuso
durante su fecundo cautiverio,
pieza maldita del tesoro
que da valor de infierno
a la biblioteca.

Yo creo, Enrique, que la Biblia,
con sus versículos
de aberraciones primitivas,
la inventó Borges
antes de reencarnarse
en el bardo enigmático
que diseñó su propia tumba:
una nave vikinga de vela desplegada
y con la proa hacia el este
en una piedra inmóvil de Ginebra,
siete guerreros con espadas rotas
y un epígrafe
de la Völsunga Saga, su secreto.
Islandia y el Gran Mar.

El tiempo
me ha convertido
en un producto del escepticismo.
No soy judío,
ni musulmán,
fui un griego
que estuvo en Queronea.

El gran negocio de las religiones
siempre ha sido la muerte.
¡Y cuánta muerte y sangre hay en la Biblia!

Nunca esperé engendrar a los cien años,
como Abraham con Sara y con Agar.
Los resultados lo confirman:
para los patriarcas y las matriarcas
no existe
la caducidad del deseo.
Será porque Yahvé todo lo puede
y discrimina a los mortales.

No escucho ya la voz de los profetas
desde las páginas
de la Historia Sagrada del colegio,
el dulce engaño que me adormecía
con la invitación alucinógena
de alistarme
bajo el crismón para ir al puente Milvio.
¿Y con qué iba a luchar?
¿Con qué adminículo?
¿Con un velo, un pañete, una sayuela,
un griñón, una teja, un balandrán?
Posguerra del fusil y el crucifijo.
Y la culpa y el miedo y la amenaza
del gato de las siete colas
ensangrentado por el Santo Oficio,
que aún pleiteaba con El Greco
por el tamaño de las alas de los ángeles.

Sí,
ya no escucho la voz de los profetas,
sino la de los aedos prometeicos,
la de los demiurgos,
la de los payasos de las bofetadas,
como León Felipe,
aquél lunático

fuera de la ley,
que relinchó con Rocinante
exiliado en el Sinaí,
y con el viejo violín roto grita
con su lengua de fuego:
“No me contéis más cuentos”.

Qué jubileo
de heroínas fatales y divas incendiarias
para un auto de fe con la aquiescencia
del anciano demonio
que escapó de un papiro,
condecorado
por la ficción
de una concupiscencia inexistente,
sin equipaje de depravaciones
para un mosaico de salacidad.

Doctoras del placer tiene la Biblia
y hasta del arte de matar,
fetiches teológicos,
lindas rapaces, crueles, belicosas,
taimadas, sibilinas,
inocentes, versátiles, ninfómanas,
rabisalseras, brujas, transgresoras,
ambiciosas, sinuosas y tontas,
musas de la primera y de la última sangre,
émulas de la gracia y la desgracia,
pasto de perdiciones
en miscelánea de labios y cinturas
para un delirio de promiscuidad.

Judit, Tomiris, Salomé,
tan aficionadas a cortar cabezas;
otras,
a sacar los ojos, como aquella
despechada reina de Halicarnaso
que luchó en Salamina;

en cenobio, en castillo, en salón de subasta,
en alcoba
del nuncio apostólico.

Mujeres del solaz testamentario,
hoy ya bocetos de fantasmas
y cicloramas de anatomías rupestres.
Nunca sabremos
qué hirsutas semidiosas,
en la tabla, en el lienzo, en el mural,
habría ganado,
en el año del viñedo del Señor de 1930,
el primer premio del concurso
de axilas sin depilar,
del que fue exégeta y beneficiario
el guanche surrealista Agustín Espinosa,
para envidia y protesta de Curzio Malaparte.

Como hijos
de Pigmalión
tenemos facultad reparadora
de ausencias y desengaños,
recreando el modelo en el taller
experimental y sensitivo de las idealizaciones,
mientras el tiempo,
deshojador de plenitudes,
se burla de nosotros.

El drama tiene límite.
Quienes sobreviven al dolor,
los curtidos por la duda
y los extenuados por el distanciamiento,
pueden remover la tierra
sin esperanza en los Campos Elíseos.
Si el todo entra en la nada,
la inmortalidad se queda
en la desmemoria del anonimato,
en el esqueleto de un caballete,

en la dimensión de un cuadro,
en la metamorfosis de un color,
en el refugio de la indiferencia.

El pintor disidente,
libre de admoniciones,
sin sucumbir
en la pragmática sanción, pregunta:
“Sin crédito celeste, ¿qué me queda?”
Y el índice de un techo clandestino
de estalactitas
le descubre:
“La que llevas contigo, la Pintura”.

Sólo existe el pasado en el presente.
De aquellas mujeres quedaron sus nombres
y la historia acabó en literatura,
en epítome artístico, en arresto
institucional.
Los espejos borrosos de sus huellas
se perdieron
por Israel, Egipto, Babilonia;
la fe, por el Mar Muerto.

Sin haber compartido sus camas de marfil,
perfumadas con mirra, áloe y canela,
hoy las reconocemos
en la gravitación de la pintura,
un gozo visual abierto al sueño,
memoria herida,
catálogo de espuma, claroscuro,
proporción, arabesco,
revocadura de las frustraciones,
naturaleza muerta, diorama,
orilla de ceniza donde nada
ni nadie nos espera,
cancelación de voluptuosidades
sin lauro en el Walhalla.

Dejaremos la Biblia en el altar.

La tarde es corta, Enrique, ya no sirve
el cuadrante solar,
y hay que invadir la noche aboliendo la sombra.

Volveremos mañana,
pero estará cerrado el paraíso.